

Crónica

Por Juana Reyes

Redactores y Reporteros Gráficos Generación 1981-1983

DEMASIADO JOVEN...

I

“Ustedes son demasiado jóvenes, no tuvieron el privilegio de participar en el Movimiento estudiantil del 68” –nos dijo la maestra de la clase de Historia del CCH Sur del último turno. Era 1972 y los estudiantes, que oscilaban entre 15 y 25 años de edad, abríamos desmesurados ojos ante el entusiasmo narrativo --que rayaba en el paroxismo-- de la maestra, a quien éramos capaces de escuchar dos horas consecutivas, sin muestras de aburrimiento ni cansancio, a pesar del horario.

Aquella frase: “demasiado joven...” se convirtió en un lugar común cuando en 1981 ingresé a la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, mi querida escuela. Allí la entendí. Sí, yo era demasiado joven, por eso no sentí el Temblor de 1957, cuando se cayó el Ángel de la Independencia; ni escuché los estallidos del Movimiento ferrocarrilero encabezado por Demetrio Vallejo y sus peticiones de mejoras salariales y democracia sindical.

Tampoco “estaba en edad” cuando comenzaron a surgir aquí y allá las luchas obrero-patronales; ni vi a los trabajadores resistiendo los golpes bajos de los patronos, por un flanco; y por el otro, los vergonzosamente encubiertos, propinados por los mismos líderes sindicales, comandados por Fidel Velázquez y su Confederación de Trabajadores de México (CTM), de triste recuerdo. Demasiado joven... la edad me pesaba.

Con la creencia de mi nacimiento a destiempo para participar en la historia de mi país llegó 1985 y, con él, el terremoto. ¡Por fin!, yo podría ser partícipe de sucesos para la posteridad; el 19 de septiembre de 1985 era la fecha señalada para demostrar que ya no era “demasiado joven”.

Durante dos días completos vagué como alma en busca de su cuerpo, revisé entre los escombros, fuera de los edificios vencidos; estuve alerta a cada sonido de palas y picos, sin prestar atención al sabor semiamargo de mis lágrimas, mezcladas con polvo y yeso que se me incrustaban en ojos, fosas nasales y boca desprovistos de cubrebocas.

El *privilegio* -mi privilegio-- del que hablaba la maestra de Historia del CCH fue sentir en lo más profundo el dolor, al unísono con el de los damnificados. Yo, pobre redactora del Pool de Reportajes Especiales del periódico El Nacional, me empequeñecí, e impotente, regresé por la tarde a la Redacción durante dos días consecutivos a sentarme frente a la máquina de escribir, a contemplar entre lágrimas desdibujadas en el papel en blanco las escenas de sufrimiento provocadas por la Naturaleza. Mi reportaje fue un clamor al Cielo, que se había olvidado de los seres humanos. Con cierta vergüenza me tuve que confesar que seguía siendo “demasiado joven”.

En el ínter –1985-1989- se gestaban los cambios políticos del país, las tenues voces de rebeldía resonaban apenas en las páginas de la Sección Política y las del Sector Ciudad de mi periódico. En ellas se daba cuenta de la creación de un nuevo partido político. “Los pasos para el cambio son firmes”, aseguraban.

La curiosidad y mis convicciones me llevaron a engrosar las filas de los que auguraban justicia, democracia, una nueva nación. Todos los sectores del país: profesores, obreros, electricistas y trabajadores sindicalizados celebraban que “¡El pueblo unido, jamás será vencido!” y remataban hasta producirse afonía: “¡Y dicen, y dicen/que somos minoría/aquí les demostramos/que somos mayoría!”. Para continuar con la consigna que brotaba desde lo más profundo de las gargantas: “Únete pueblo, únete pueblo”.

Aquella inolvidable década de los 80 los cambios fueron radicales en casa: la rebeldía permeó mis gustos musicales, literarios y periodísticos. Óscar Chávez y José de Molina, acompañados por Amparo Ochoa y Mercedes Sosa se apoltronaron en el tocadiscos y el reproductor de cintas. De pronto, Franz Fannon y José Ingenieros se tornaron interesantes. Las columnas de La Jornada se convirtieron en

el alimento de los descontentos. Los programas de Radio Educación cobraron interés. *Cambia, todo cambia/...cambia todo en este mundo.*

Luego, 1990. Los alejamientos, las pérdidas de seres muy amados --la irreparable, en noviembre de 1995, del poeta sonoreño Abigael Bohórquez, allá en su tierra natal--, el desempleo, la huida de mí misma.

Un nuevo descenso en la cresta del destino aciago. La lucha política no daba tregua. Llegó el triunfo: 1998. La otra democracia, decían. Un país libre de espejismos, aseguraban. Nada pasó. Sólo el tiempo.

Arriba el nuevo siglo. Yo --me atreví a pensar-- he crecido. Me considero una mujer madura. Ni joven, ni vieja. Me encuentro en medio. Estar en Nepantla, en medio, es como gozar de privilegios por escrito. El papel otorga, pero el tiempo es el que logra. La revancha, luego de más de 60 años de corruptelas y pobreza. En la cresta del destino, se deslizaban los ciudadanos en repetición constante del papel bien aprendido. Más corrupción. Más días de impotencia y rabia.

En tanto, el partido que será “La esperanza de México” dejaba escuchar su voz. Entre sainetes, lo menos que se puede esperar ese 19 de septiembre de 2017 es la broma de la Naturaleza, que luego del simulacro para recordar el Terremoto del 85, castigue a la raza humana con otro terremoto. Del destino nadie escapa.

Las “normalidades” se evidenciaban. Ese 19 de septiembre de 2017 en los flamantes edificios recién construidos de los DIF del Distrito Federal, se descubrieron las innumerables fallas de origen en su construcción, muy visibles en época de lluvias. El cierre parcial durante varios meses de una Línea del metro de oropel. Silencio y dolor en la ciudad sobrecogida. Tristeza. Luego, otra vez, la normalidad.

...DEMASIADO VIEJA

II

“Usted es *La niña de los nopales*, porque el tema de sus escritos es Milpa Alta” -- me dijo sonriente el maestro Alejandro Avilés, aquel sábado de algún mes de 1983, en el taller de poesía de la Escuela de Periodismo Carlos Septién.

Asistí por primera vez al taller, que atendían también el maestro Alfredo Páramo y la poeta Lolita Castro, a invitación de dos compañeras, que sí eran poetas: Edna Ochoa y María de la Luz Romero. Me encantaba escuchar los textos que escribían los asistentes. El maestro Avilés me sugirió escribir algo para el siguiente sábado. Por supuesto, escribí sobre Milpa Alta. De ahí el sobrenombre: La niña de los nopales.

A partir de entonces me percaté de que Milpa Alta, Malacachtepec Momoxco, su antiguo nombre, era un tema recurrente en mis textos. En el Pool de Reportajes Especiales de El Nacional, no sólo los nopales, sino las costumbres, las tradiciones, la cultura, los personajes, su vasta historia, merecían ser publicados. Y lo fueron.

A 37 años de aquellas maravillosas vivencias confieso que mi tema recurrente sigue siendo una mina inagotable de tonalidades y experiencias. Milpa Alta se descubre ante cada nuevo investigador. Así pues, es el Momoxco el personaje principal de la mitad de esta crónica que da cuenta de una etapa especial en la vida de los mexicanos, y de los pobladores del mundo entero, ante un evento que nos paralizó. Ofrezco disculpas por ser tan localista.

Y esta *vieja* --yo-- desde la ventana de su cuarto, situado en el primer piso de su vivienda, enarca las cejas y aguza el oído para escuchar los más imperceptibles sonidos de los habitantes de esta alcaldía que, puertas adentro, se prepara para darse un descanso --un tanto forzoso.

Ese cinco de abril que se nos invitó a quedarnos en casa, el clamor general era desconectarse de todo lo relacionado con el COVID-19. “Sólo son cuarenta días, pensábamos, pronto estaremos fuera. Esta vez no será como cuando aquella epidemia de la influenza que nos encontró desprevenidos. Esta ocasión hay tantas

cosas por hacer que es necesario terminar todos los pendientes en menos de 40 días”. Sin embargo, es inevitable la incorporación a las actividades informativas sobre el COVID-19 con un gentilicio singular: milpaltense o, mejor, momoxca.

Milpa Alta está enclavada en una alta montaña al sur de la Ciudad de México, más allá de Xochimilco y de Tláhuac, a donde cada vez llegan más visitantes... a quedarse. Y a pesar de ello el contraste con el flujo de pobladores que salen a trabajar a *México* --como nombran a las colonias ubicadas más allá de Vaqueritos y de San Lorenzo Tezonco— es impresionante. Profesionales de varias ramas se desplazan, diariamente, al Centro y colonias aledañas de la ciudad a realizar sus actividades: profesores, arquitectos, abogados, miembros del Ejército, trabajadores de limpieza en escuelas públicas, comerciantes que ofrecen sus productos en cada uno de los mercados.

Apenas iniciada la cuarentena uno de los privilegios que guardan las autoridades de la alcaldía Milpa Alta es el honroso primer lugar con menos infectados. Ser milpaltense en tiempos de coronavirus es un honor.

El primer día de resguardo los gorjeos de los pájaros ponen el acento alegre en el paraje Tamazulco, en el pueblo de Miacatlán, donde las casas de las siete familias Chavira --una de las cuales ocupo-- escondidas entre las copas de los árboles asoman apenas sus techos de dos aguas. Muy cerca se encuentra la cueva que da nombre al paraje y sirvió de refugio a los asustados pobladores miacatlenses, en su huida de los feroces carrancistas. La cueva cobra súbito interés y algunos vecinos hacen planes para ir a visitarla. No hay temor al contagio ni a los asaltos. Los depredadores también están en cuarentena.

Los primeros siete días los lugareños prestan atención a algo que siempre ha estado ahí y, por la fuerza de la costumbre a nadie impresionaba, entre el corre, corre de la cotidianidad. A las seis de la mañana se dejan escuchar desde la torre de la iglesia de san Agustín Ohtenco las notas de *El Ave María* de Schubert; se desprenden del alto reloj para volar hacia los pobladores, que ahora pueden apreciarlas en el silencio.

Justo al medio día, las voces del reloj vuelven a escucharse. La canción que dio algunas ganancias al cantautor Roberto Carlos, *Un millón de amigos*, varios minutos después sigue en la memoria de los oyentes. No en balde se convirtió en el himno para agasajar al papa Juan Pablo II.

Las seis de la tarde es la hora que, a pesar de la claridad vespertina, el enorme reloj deja escapar nuevamente las notas de *El Ave María*, anunciando la aún lejana llegada de la noche. Algunas ancianas temerarias que han burlado la vigilancia de sus nietos, escapan al estanquillo de la esquina y se santiguan al escuchar la caja mágica producto de la moderna electrónica.

Los días transcurren largos, calurosos. Los graznidos primaverales de los zanates viajan de rama en rama. Entre el tupido follaje del capulín, cargado de frutos verde oliva, el gorrión serrano, ave en peligro de extinción, aletea para iniciar su cortejo primaveral con suaves y acompasados cantos.

Las noches se impregnan con las penetrantes sirenas de ambulancias y patrullas, apenas interrumpidas por los aullidos de los perros, que con parsimonia nocturna también obedecen el silencio impuesto.

Las historias en que el COVID-19 es el personaje principal nutren las conversaciones de sobremesa de casi todas las familias. Aquí, en San Jerónimo Miacatlán, la incertidumbre de la vida lleva a un estudiante a posponer la escritura de su tesis. “¿Para qué?”, se pregunta, “si tal vez me infecte y muera”.

En un claro del bosque de San Pablo Oztotepec, algunos defensores de las tradiciones celebran en la clandestinidad su acostumbrado carnaval, que ha sido prohibido por las autoridades. “Si lo hacemos en el bosque nadie se va a contagiar”. Y con la creencia de que así conjuran el virus, bailan y beben al ritmo del son chinelo hasta el amanecer.

Una semana después el contagio alcanza a los tres primeros sanpablenses, que no acudieron a la danza carnavalesca.

En San Pedro Atocpan, cuyos pobladores presumen de practicar la convivencia, alguien fallece de muerte natural. Estalla la fiesta para pelarle los

dientes a la Muerte. Es el sepelio de un prominente hombre que en vida atesoró amistades, y en muerte quisieron acompañarlo, hasta las últimas consecuencias. Cien, tal vez más pobladores impiden el paso sobre las calles principales de San Pedro, con bandas de música y mariachis que amenizan el recorrido hasta el alejado panteón. Y allá queda don Zutano. Los vivos regresan a la casa del difunto a degustar los romeritos con arroz, entre anécdotas, en las que don Zutano seguirá siendo recordado.

Temeroso de que éste sea el último año de reunión de los amigos de la infancia, don Refugio, vecino de San Bartolomé Xicomulco, se dirige al pueblo de su niñez. Va a reunirse con los cuates para, juntos, llevarle el último adiós a don Jacinto, otro de los integrantes inseparables de su grupo de sexagenarios. Durante el velorio, como acostumbra la palomilla desde tiempos inmemoriales, hacen circular la caguama, bien helada, para enfriar la tristeza por el muerto.

-¿Un traguito, compadre?

-Un traguito, qué caray.

-Aitá en su agujero, ya no va a poder echarse su traguito.

--¡Pos vamos a ayudarle!

Una semana más tarde, la noticia en casa de don Refugio deja la sangre tan helada como el traguito de caguama: José acaba de fallecer por coronavirus. José también se echó su traguito de cerveza. Al día siguiente, --por influencia o por miedo-- el jefe de la casa comienza a sentir ardor de garganta, flujo nasal, fiebre. “Pero si sólo le dimos un traguito cada quien, no alcanzó para más”, comentaría don Refugio. La suerte, los 4.5 grados de alcohol contenidos en la caguama, o sabe Dios qué fue, salvaron a don Refugio y vive para contarla.

Desde la ventana de una casa construida en la pradera de San Bartolomé Xicomulco, una mujer contempla las luces de Oztotepec, que se vislumbran a lo lejos. Las ve con ojos diferentes a aquellos de las noches de insomnio y de laboriosa escritura. Quizás por primera vez, la mujer, por cierto, historiadora, se cuestiona si es verdad que la hondonada comunicante entre Xicomulco y Oztotepec guarda

secretos que ya forman parte de la historia oral del pueblo. Y fija su mirada en la negrura nocturna donde ve las siluetas de zapatistas con carrilleras. Mantiene atento el oído, el viento aúlla sin conmiseración, las voces de hombres y ráfagas de balazos se pierden por todo el valle. Por más que se esfuerza en escuchar más, el oído sólo materializa el llanto dolorido de la campana que cada día dobla a muerto. El sonido triste busca refugio en los matorrales de la hondonada.

En tiempos de coronavirus, con el pretexto de hacer el mandado, acudir al mercado de acopio de nopal es un alivio para mitigar el encierro. A la vez, es un triste acontecimiento para las amas de casa. Ya son casi dos meses que la algarabía está ausente. En las planchas de concreto del suelo, en lugar de frutos, verduras, semillas, flores y otras mercancías, luce el polvo que los vientos tardíos trajeron en abril y la capa se engrosa. Los puestos cubiertos con anchas lonas semejan tumbas sin epitafio.

El lugar donde se expende pulque y aguamiel, que en tiempos posrevolucionarios fue agua para calmar la sed, alimento y panacea para todas las enfermedades, está vacío. Los tlachiqueros dieron descanso al cuero, la piel de cerdo espera colgada de una alcayata.

La calle principal de acceso al mercado de acopio de nopal luce más ancha, desierta de los microbuses que antes de la cuarentena, repletos de mercancía y mujeres, se desplazaban cada quince minutos hacia los diferentes rumbos de la ciudad por las dos entradas a la tierra del Momoxco: Xochimilco y Tláhuac.

En tanto, afuera del solitario mercado Benito Juárez, ubicado en el centro de Milpa Alta, sobre las desnudas banquetas, mudas de voces ofertantes, se extrañan los tonos verdes, naranjas, amarillos y morados de los frutos de temporada ofrecidos por las mujeres de San Lorenzo Tlacoyucan y Santa Ana Tlacotenco. Las frutas y verduras criollas: ciruelas, duraznos, capulines, peras y manzanas que han sido la delicia de visitantes, no adornan la acera.

La abuelita de los tlacoyos y tortillas de masa azul hechas a mano, durante tres semanas no asiste a su lugar de 50 por 50 centímetros, donde coloca su



protectora canasta encima de un huacal de madera, y desde el que nos antoja sus ancestrales alimentos. El corazón tiembla al imaginar que la tradición de tortillas cocidas en comal de barro puede irse con ella.

Es tiempo libre. Mas no libre de depresión. No libre de anhelos ni de deseos de unificación con aquellos a quienes pocas veces vemos, pero que de pronto, extrañamos. Y así día a día el teléfono repiquetea anunciando las voces amadas, tan cerca y tan lejos a la vez.

Ya es junio 15, la reja invisible se abre, y como pájaros prisioneros los habitantes vuelan a su libertad. Renace la esperanza. Desde las cuatro de la mañana los cortadores de nopal se desplazan por los surcos donde el oro verde, abandonado por meses, es ahora una tosca penca.

El viento veraniego aquieta un poco el calor sofocante de la montaña milpaltense. En su fría habitación de hotel donde se refugia una enfermera de San Pedro Atocpan, para no llevar el contagio a su familia, ora fervorosa por sus paisanos infectados en la clínica del área de COVID-19 donde trabaja.

Pero no todo es tragedia, la enfermera relata entre sonrisas cómo despiden a sus pocos pacientes que tienen la suerte de sobrevivir. Luego su expresión denota angustia porque el COVID-19 “se está llevando a los viejos, a la sabiduría”, y quiere gritarles a las juventudes que se cuiden, que sean respetuosos de la vida. Con lágrimas de impotencia señala que lo único que les queda a los médicos y enfermeras después de las medidas clínicas, es la oración.

El mes de julio trae consigo el crecimiento de la infección. De ser la primera alcaldía con menos infectados, Milpa Alta pasa a ser la primera con el mayor número de enfermos y fallecidos. El tan esperado semáforo naranja se retrasa y se niega a avanzar hasta el verde. Milpa Alta debe seguir guardada. Pero nadie, o casi nadie, hace caso a la sugerencia.

Como los pájaros migrantes que de pronto se pasean por las ramas de los pinos y el alto tepozán en el paraje Tamazulco, los hombres y las mujeres del Momoxco se desplazan hacia las colonias de México. Quedan los zanates en el

follaje brillante del nogal donde esconden su negrura, en espera de la oportunidad de robar el alimento de las mascotas que disfrutan del frescor. Desde el techo de dos aguas, las coconitas miran con ojos desganados el hurto de los zanates.

Entre los surcos de la nopalera, la cama de *itzimitl*, la verdolaga que crece junto a los *quilitl*, quelites, y a los *quiltonilli*, quintoniles, verdean para llamar la atención de manos bondadosas que puedan cosecharlas, de lo contrario echarán flores y se arreciarán haciéndose incomibles. A la mañana siguiente muy temprano, el golpe seco de un azadón las arranca de tajo, y al medio día el alimento ancestral yace muerto en el surco.

El 3 de mayo, Día de la Santa Cruz, el barrio del mismo nombre llora la ausencia de los pulques curados y las cervezas, los trabajadores de la cuchara no pudieron llevar su cruz adornada con flores de papel a la iglesia. No hubo procesiones al cementerio, ni bendiciones del símbolo de la cruz, tan respetado por los momoxcas.

El 29 de julio, día de la virgen de Santa Martha, la banda de música de viento Huitzilín desgrana las notas de *Poeta y campesino* dentro de la solitaria iglesia. Un nudo de emoción en la garganta me recuerda los duelos de bandas en las fiestas del 15 de agosto de la ya lejana década de los sesenta, en pleno centro de Malacachtepec Momoxco.

Desde que tengo memoria el arribo del mes de agosto lleva, con un aguacero, las Mañanitas a la virgen del barrio de los Ángeles. Este 2020 ella escucha a los desafinados mariachis y los mira con ojos donde brillan conmisericordia y desesperanza.

En Santa Ana Tlacotenco el 11 de agosto, los pobladores lloran la muerte de don Hipólito Leyva, el difusor de la música tradicional de las danzas de Tlacotenco. Su hija cuenta a los dolientes que don Hipólito, este 26 de julio, día de la virgen de Santa Ana, se revolvía nervioso en su cama del hospital pidiendo con desesperación su violín. “Si no le toco hoy a la virgen, después ya no podré hacerlo”, pronosticó.

Mas de cien personas acompañaron a este hombre que no murió de coronavirus, sino de encierro.

El prelude de la fiesta grande, la del 15 de agosto, que se prepara con un año de anticipación es hoy, 12 de agosto. Mientras esto escribo imagino a la virgen de La Asunción, la patrona de Milpa Alta, como la vi de niña, extendiendo su mano blanca para bendecir a sus hijos que salen de la iglesia, con nardos y gladiolas entre las manos. Miro la inmensa fila de asistentes que van a darle un saludo y su agradecimiento. Después recorro la feria con paso lerdo. Tomo mi lugar frente al quiosco donde la banda de música de viento desgaja las notas de *Poeta y campesino*. Pero es sólo un instante porque no, hoy no hay feria, no hay fiesta, los zaguanes están cerrados, no hay mole, no hay nopales guisados en más de 300 formas, no hay visitantes. Estoy sola. Y estoy demasiado vieja.